

RASGOS DE LA DECEPCION

ESTE pueblo —“sencillo y bueno”— está a punto de sufrir la peor desilusión: creyó —“quizá ingenuamente”— que el cambio que recibió con entusiasmo —“y aun lo han provocado con su participación”— resolvería todos los problemas que teníamos planteados. “Y ahora se dan cuenta de que no sólo no disminuyen los problemas, sino que no ven interés eficaz por resolverlos”. El tema de la decepción está en el aire, está en la vida diaria, y lo recoge, con las palabras citadas, el cardenal Tarancón en la “carta cristiana” del último domingo. En muchos de sus términos coincide, sin quererlo, con las opiniones de aquellos que no hace mucho gritaban y escribían en los muros: “¡Tarancón, al paredón!”: es decir, la idea general de que el régimen de partidos y la democracia son ya un fracaso. El recorrido por los temas de la decepción es bastante completo: nadie sabe lo que piensan y quieren los grupos políticos, ignoramos sus planes de futuro y se tiene la impresión de que “todos ocultan algo”. Tampoco sabemos qué entienden por democracia: “es necesario saber lo que entiende cada cual por sociedad democrática”. Más aún: tampoco sabemos “lo que significa la derecha y la izquierda”. Tenemos una situación económica difícil y, sin embargo, “unos y otros, con inhibiciones, unas veces, o con huelgas otras, dan la impresión de que nos podemos permitir unos ‘lujos’ que aún podrían dar al traste con la economía más próspera”. Con lo cual “la confusión resulta mayor”. Se trata de que este pueblo con tanta sensatez no se deje arrastrar por “posiciones utópicas y demagógicas, y para apoyar decididamente a quienes le aseguren la justicia, la libertad y la paz, pero sin vacilaciones, sin posturas ambiguas, sin afirmaciones utópicas e insensatas”.

HAY, quizá, resonancias antiguas? Otro documento de iglesia: “Y a medida que se descomponía nuestro pueblo por la relajación de los vínculos sociales, y se desangraba nuestra economía, y se alteraba sin tino el ritmo del trabajo, y se debilitaba maliciosamente la fuerza de las instituciones de defensa social...”. Es la descripción de la Segunda República Española hecha en una carta colectiva de los obispos españoles a los obispos de todo el mundo explicando las razones del alzamiento y los fines de la guerra, en agosto de 1937.

SI un freudiano pudiera encontrar en las palabras del cardenal Tarancón un reflejo de algo que sucede hoy con la misma Iglesia —la confusión, la am-

bigüedad, la ruda división entre integristas y progresistas, la falta de definición— es algo que sólo nos debe preocupar en un sentido: no es sólo con el desarrollo de la política con lo que “la gente está desconcertada, confusa, sin acabar de flarse de nadie” (Tarancón), sino que esta especie de mal se extiende mucho más allá; no se cree en la enseñanza, en la familia, en las relaciones humanas, en la filosofía, en la religión, en la autoridad; apenas se cree ya en la ciencia, gran dama de este siglo —o se cree en ella como portadora de mal—, y la técnica se nos rompe entre las manos. Todo un mundo se ha despedazado: el mundo de los valores fijos, de las doctrinas permanentes. Tampoco es solamente un mal —si es que esto es un mal— que ataña exclusivamente a España y a este momen-

to. Viene de antes y se extiende por el mundo.

SIN ir más allá de lo posible, la realidad es que el momento español puede transcribirse, más o menos, como lo hace el cardenal Tarancón: hay que pensar que él mismo es uno de esos españoles sumidos en la confusión, en el asombro ante los partidos políticos y la ignorancia acerca de lo que es la derecha y lo que es la izquierda. Si esto sucede a quien tiene muy importantes fuentes de información y capacidad de análisis, hay que pensar lo que sucederá a quienes sólo se sienten, de pronto, defraudados.

PERO ¿a qué hay que atribuir esta decepción colectiva de los españoles? Dígamos, por una parte, que a un movimiento general y universal, histórico —desde Galileo y Kepler, desde Freud y Einstein, desde los humanistas y la reforma...— y, por otra, a un movimiento político contemporáneo (la destrucción moral del nazismo y del stalinismo, como extremos a los que ya una conciencia no puede acogerse; el fraude del triunfo de la libertad y democracia que se produjo después de la segunda guerra mundial); por la principal, a la quiebra del franquismo y a la impregnación franquista de este periodo, simultáneamente. El franquismo, con todos los instrumentos a su alcance —Iglesia, enseñanza, censura, propaganda...— fue una especie de muro de contención que detuvo en las fronteras españolas este movimiento mental. Hubo otras murallas antes del franquismo. Se ha dicho que los males de este país fueron la falta de las tres “R”: Renacimiento, Reforma, Revolución. Es decir, que si un mundo contemporáneo iba sustituyendo los fallos, las quiebras, las renunciaciones del mundo antiguo por sistemas que se sustituirían, que iban enseñando a racionalizar por otras vías, o a tener otras creencias aún provisionales, en España se mantenía fosilizado, y a la fuerza, ese mundo antiguo. A raíz de la muerte de Franco, la pirámide se abrió, entró el aire fresco y la momia se deshizo en polvo. Pero todo lo que el mundo exterior —Europa— había ido recibiendo y asimilando a lo largo de siglos, se nos ha echado aquí encima en menos de dos años. Hay una sensación de desconcierto, de angustia, de vacío. Es el desencanto. Es, también, la confusión y la inseguridad.

ESTE vacío tiene dos formas de solución clásicas. Una de ellas es la de tratar de reconstruir el mundo antiguo, valga o no valga para la vida: fue ya



El tema de la decepción está en el aire, está en la vida diaria, y lo recoge el cardenal Tarancón en la “carta cristiana” del último domingo.



¿A qué atribuir esta decepción colectiva de los españoles? Por una parte, a un movimiento general y universal, histórico, desde Galileo y Kepler, desde Freud y Einstein, desde los humanistas y la reforma...

el intento de esa comunidad que llamamos "Franco" en 1936, y duró lo que pudo durar. El largo crecimiento de la "derecha" —que sí se sabe lo que es, como se sabe lo que es la izquierda— que se registra en estos últimos meses es una reacción contra la angustia del vacío y la falta de oferta válida de la situación nueva. Con terminología marxista se puede decir que esta tendencia va contra la corriente de la Historia. En 1936 había una considerable corriente histórica que la apoyaba: los nazismos, los fascismos, y no sólo los triunfantes en Alemania e Italia, sino los que formaban grandes núcleos mentales e intelectuales en otros países europeos. Pero nada indica que un movimiento contra la corriente de la Historia no pueda triunfar en un momento dado; como nada indica que la entelequia que llamamos Historia, como si fuera un *continuum*, no vaya a cambiar. De hecho, sucesos como los de Italia o los de Francia —las últimas elecciones— señalan ya un intento de reacción de esas fuerzas.

LA otra solución es la de intentar recuperar el tiempo —los siglos— perdidos y entrar de lleno en el mundo actual: es decir, acostumbrarse a vivir en un mundo sin puntos fijos, sin verdades absolutas, cambiante a cada momento. Y aceptar que los fallos de esa indefinida democracia española son transitorios y pue-

den variar si realmente todos ayudamos a que varíen. Para lo cual es fundamental no confundir lo anecdótico con lo fundamental. Es decir, no confundir los partidos políticos españoles y sus tribulaciones actuales con un régimen de partidos, no confundir los parlamentarios españoles con el sistema parlamentario, no confundir los sucesos de cada día y la catástrofe económica con un resultado inevitable de la democracia, sino atribuirlo a sus verdaderas causas intrínsecas.

HECHOS como el abandono del leninismo por el Partido Comunista, o el del marxismo por el Partido Socialista pueden ser tema de fáciles ironías, de burlas o de comentarios acerca del oportunismo y de la maniobra política. Burdamente, pueden significar conveniencias: descripar a la derecha, obtener ayudas exteriores, buscar vías de acceso al poder. Más al fondo está una casi heroica confirmación de que lo antiguo, lo hecho para otros moldes históricos, no puede obstaculizar la situación presente. Lo cual no evita que en las masas de creyentes —no es una palabra tan inadecuada— que incluso han sacrificado vidas y parcas haciendas en la creencia del marxismo y del leninismo como gran panacea, les produzca una de las confusiones y de las decepciones más intolerables de este momento. No muy distintas a las sufridas por los otros creyentes a

raíz del Concilio Vaticano II, amarguras y rebeldías que duran aún a pesar de los saltos atrás, de las moderaciones de aplicación, de las resistencias vivas de grandes sectores.

QUIZA tengamos que acostumbrarnos a vivir con la decepción. Y quizá la decepción deje de serlo cuando los partidos políticos recuperen el aliento, cuando el miedo se aparte de la vida nacional, cuando la economía permita volver a dar una base de seguridad a las vidas de todos. O cuando sepamos hacer de la mutabilidad de la vida y de la política, de la sustitución de los puntos fijos antiguos por otros móviles, cuando nos acostumbremos a que no hay verdades definitivas, sino que hay que encontrar la verdad de cada día, podamos advertir que lejos de ser un mal es algo positivo y esperanzador.

EN cualquier caso, debemos estar seguros de que renegar del sistema parlamentario y de partidos, de la libertad de expresión —incluso de la libertad de expresar lo confuso— y de la libertad del hombre para considerar la validez de las relaciones con su trabajo y el fruto obtenido con él, no nos puede conducir más que a otra salida: a la nueva intentona de reconstruir un mundo antiguo que está absolutamente desmoronado. No hay otra alternativa. ■